

## APRENDER A SER AMIGO

Jorge Yarce

La amistad –dice Aristóteles– es lo más necesario para la vida. Es una de las formas más espléndidas del amor humano. Aunque también vale decir de ella lo que Eurípides, por boca de un actor de una de sus obras, expresa sobre el amor: *es lo más dulce y lo más amargo*. A veces, nos toca recibir de los amigos también lo amargo, porque están más cerca a nosotros, nos conocen bien, no podemos ocultar nuestras sombras ante ellos, y confiamos en que nos comprendan, a pesar de nuestros errores y de que podamos causarles dolor.

Nos toca recibir de ellos, igualmente, la corrección amistosa, que tiene más valor que la llamada de atención de un extraño. Sólo los buenos amigos se corrigen entre sí. Los otros, los que no lo son, quizás murmuren al ver nuestros defectos. De ahí que seamos para ellos y ellos para nosotros luz y sombra, noche y día, ánimos y desánimos.

Basados en Jesús Arellano recordemos:

No podemos anteponer nuestros prejuicios, nuestro modo de ser y de ver. Es un punto vital para la amistad y para la convivencia entre personas. Hay que tratar a cada uno como un tú diferente. Si no, jamás los comprenderemos, jamás alcanzaremos a poner nuestra intimidad en auténtico contacto con la suya.

Si no es así, nunca trataremos a las personas como personas. Cada persona tiene sus sueños, sus cosas, que pueden parecer locuras pero forman parte de su proyecto vital, de lo que quiere llegar a ser en la vida. No podemos entrar atropellando, desconociendo esos sueños o esas aparentes locuras.

Luego hay otra característica importante: vivir al amigo desde dentro, desde su intimidad. No es conocerse, simpatizar, caerse bien. Es más que eso, algo más profundo. No vivir desde el punto de vista de uno sino ponerse en la situación del otro. Los poetas y los místicos han tratado de explicarnos eso de muchas maneras.

Una última característica decisiva de la amistad es darse al amigo, lo que los griegos llamaban el

ágape, la entrega. Es el paso más profundo de la amistad y del amor.

Está precedido del eros o amor sensible y de la filía o semejanza mutua, tan propia de la amistad. Es el antídoto más seguro contra el egoísmo, contra la soberbia que aísla.

Se es más en la medida en que se da más. Todo esto no es una utopía, sino una realidad palpable, que requiere esfuerzo, pensar más en los demás que en uno mismo. Si hay esa actitud, el proceso de la amistad va a más, busca la plenitud, enriquece.

La *tessera hospitalis*, era la tableta de barro o cerámica (symbolón, símbolo) que los griegos usaban al despedirse de los amigos: se partía en dos y cada uno guardaba una parte, de modo que al reencontrarse después de mucho tiempo, una manera de reconocerse era juntar esas dos partes y ver si coincidían. Esto quiere decir que somos complementarios, unos para otros.

No somos solos, ni nos salvamos solos. Andamos buscando esa otra parte que nos hace falta y que sólo la llena la vida de los demás: padres, hermanos, amigos, novia, esposa, seres queridos, compañeros de trabajo, vecinos, colaboradores, colegas de empeños sociales, políticos, etc.

Somos proteicos, diferentes, singulares, con aristas que pinchan, que hacen daño. Pero, a la vez, somos unos para otros. Por eso debemos encontrarnos. En el encuentro, el hombre sabe que las zonas íntimas de su cuerpo deben ser las más protegidas.

Muchas veces, vemos que se hace lo contrario: la gente va exhibiendo impudicamente su cuerpo, como si no tuvieran intimidad, como si el vestido –como el hogar– no fueran custodios de los más valioso de nosotros mismos.

### **Sacar el mejor tú**

Hay que estructurar la vida de modo que saquemos de cada uno, de nosotros y de los otros el mejor tú que podamos. De lo contrario aumentará “la muchedumbre de los solitarios”, a

pesar de estar rodeados de gente, televisión, cine, publicidad, bienes de consumo, caprichos, salud, viajes, etc.

Nuestras palabras y nuestra vida deben ser símbolos que signifiquen mucho para los otros, no meros signos de una presencia física o psicológica. La calidad del encuentro depende de esto.

“Nadie da de lo que no tiene”, afirma el dicho clásico. Pero en la amistad hay, a veces, que dar de lo que no se tiene. Es decir, adquirir con esfuerzo y sacrificio y desarrollar la capacidad de dar, haciendo actos de generosidad, dando nuestro tiempo, por ejemplo, con el que solemos ser avaros.

Como quien tiene que sacar agua y debe empezar por fabricar el pozo, cavar hondo hasta encontrar el líquido fresco que va a calmar la sed. Hay que buscar en los otros primero lo bueno, sus cualidades, y luego lo menos bueno, los defectos, tratando de comprenderlos, ayudándoles a luchar contra ellos.

En la amistad hay que ser pacientes, saber esperar. Nadie se hace persona de un día para otro. Hay que madurar y esto exige esperar pacientemente, ambiciosamente, audazmente. Ser mejor cuesta más pero vale la pena.

Y cuando trabajamos porque los demás mejoren, pensamos y colaboramos en la consecución del bien del amigo, estamos obteniendo nuestro propio bien.

Los bienes más importantes de la vida no son de orden material ni tienen precio, aunque necesitemos de las cosas materiales para disfrutarlos: paz, amor, cultura, libertad, esperanza, fe.

Y eso ocurre con la amistad. No se puede valorar por el dinero que se tiene en el banco, por el número de tarjetas de crédito que se posee, o por la capacidad de hacer invitaciones que se pagan con dinero.

La amistad se mide por la huella indeleble que plantamos en el corazón de nuestros amigos.

La relación con los padres –filiación– tiene raíces profundas distintas de las de la amistad en general, pero ésta puede y debe darse con ella, haciéndola más perfecta.

El compañerismo hay que entenderlo como una forma de amistad, pero no necesariamente implica la amistad. Si la hay, lo hace más pleno.

Muchas veces las amistades más duraderas nacen en el colegio o en la universidad. Allí se tienen los compañeros más estables, con quienes se comparte mucho a lo largo de los años.

Además, la amistad es vital también en la empresa, pues une y refuerza para trabajar en equipo. Se crea una cultura en la que todos ayudan a todos y todos responden por todos.

Se aprende a convivir cuando se vive con los demás, se participa en lo que ellos hacen, se hacen cosas con ellos, cuando hay trato personalizado, cuando se les apoya o se les pide apoyo, cuando consolamos o se nos consuela, cuando nos divertimos o jugamos juntos.

Ni la familia, ni el centro educativo, ni la empresa pueden dejar sola a la gente. Hay una tendencia a que el trabajo profesional u otras actividades absorban cada vez más a los padres de familia disminuyendo el tiempo dedicado al hogar.

La forma de contrapesarla es aumentar la presencia en la casa, la convivencia intensa con los demás miembros de la familia. Si no, no hay propiamente familia, y ellos se van quedando solos.

Entre los valores que facilitan esa tarea están: la sinceridad, la generosidad, la alegría, el espíritu de servicio, la comprensión, la confianza, el respeto, la obediencia, la sencillez y otros. Cabe decir que conviviendo se ponen a prueba todas las demás dimensiones de la educación.

La ecuación de la amistad o del amor es Todo=Todo, sin importar el peso específico de los lados en cuanto a salud, belleza, dinero, posición, logros, etc. Es tan fuerte el lazo entre dos personas amigas, que hay una cierta semejanza.

En la amistad todo lo que se da es gratuito, pues no se puede pedir nada a cambio. La generosidad es el valor que preside dentro de ella y que la hace trascender de una a otra persona.